

Discurso de agradecimiento al recibir la medalla de la UCA

*Jon Sobrino S.I.**

Al aceptar este reconocimiento que nos hace la UCA, quisiera decir unas breves palabras en nombre propio y de mis compañeros. La ocasión es entrañable, pues son días de aniversarios, dieciséis años de nuestros mártires y cuarenta años de la UCA. Nos llegan muy hondo, pero mis palabras van a ser sencillas. Voy a decir lo que estos días hemos platicado entre nosotros: por qué nos hacen este reconocimiento y qué hemos podido hacer para merecerlo. Más de fondo, qué hemos recibido nosotros de la UCA y qué deseamos para la UCA en el futuro.

¿Por qué nosotros? Nuestros años en la UCA, que coinciden prácticamente con su historia, nuestra intención de servir con dedicación y honradez y quizás también las tareas y los cargos que nos ha tocado desempeñar, y sobre todo nuestra larga y estrecha cercanía con los mártires y con los sufrimientos y esperanzas de la Universidad, tienen quizás la capacidad de simbolizar, de alguna manera, lo que es la UCA.

Pero sentimos igualmente que nuestro trabajo ha sido parte de un esfuerzo mucho mayor, de muchas personas, que han buscado como fin último de la universidad ayudar a los demás y especialmente a los más desposeídos. Representamos, pues, a un grupo de personas, profesores, personal administrativo y secretarial, trabajadores de las empresas UCA, trabajadores y trabajadoras en mantenimiento, aseo, vigilancia... Es toda la UCA, pensamos, la que estos días y en el acto que ahora celebramos, toma conciencia de que “algo hemos hecho”, en estos cuarenta años. Así lo sentimos.

* Ponencia ofrecida por el P. Jon Sobrino, en representación de las cinco personas galardonadas, en agradecimiento al reconocimiento otorgado por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, el 15 de noviembre de 2005, en ocasión de los 40 años de existencia de la Universidad y en el marco del aniversario 16 de los mártires jesuitas.

Y también nos hemos preguntado qué hemos recibido nosotros de la UCA, de un grupo numeroso de personas, capaz de hacer cosas importantes, muchas veces lúcido, valiente y decidido. “La UCA nos ha hecho crecer”, ha sido la respuesta. Somos muy conscientes de ser parte de un equipo de trabajo, que nos enriquece con su variedad de saberes y capacidades. En ese sentido, la UCA ha sido para nosotros una verdadera *universidad*, es decir, un universo de saberes y valores. Ninguno de nosotros puede dominarlos todos, pero todos ellos nos han enriquecido, de la ingeniería a la filosofía, de la economía a la literatura, de los derechos humanos al arte... Más los saberes prácticos y la sabiduría de muchas personas.

La UCA nos ha acercado también a otros universos, que muchos de nosotros quizás ni siquiera hubiésemos sospechado: el mundo de los campesinos, de los pobres, de las víctimas; el mundo también de la solidaridad. Y la sorpresa ha sido que al acercarnos a esos mundos, más bien desconocidos, hemos experimentado que nos han enriquecido.

La UCA, pues, sus hombres y mujeres concretos, no una fría institución, nos ha hecho crecer. Y lo agradecemos. “Trabajar junto a otras personas infectadas por el mismo virus de servicio —dice uno de los compañeros— nos ha hecho crecer”.

Y este crecimiento no ha ocurrido solo al nivel humano profesional, sino al nivel humano más hondo, el que nos capacita para vivir en nuestro propio mundo personal, lo que la UCA predica hacia afuera: vivir con verdad y en la verdad, con compasión y justicia, con disponibilidad de servicio y de entrega. “En la UCA he aprendido una nueva visión del mundo”, dice un compañero. Y también, dicho con la modestia del caso, una nueva actitud fundamental ante la vida.

Lo podemos formular de muchas maneras, pero baste recordar que nos ha impactado el espíritu de Ignacio de Loyola, del cual no se hablaba mucho a los comienzos, aunque movía a los padres fundadores. Su espíritu de servicio, en el monótono día a día, en la solemne invitación a “en todo amar y servir” y en la sabiduría de que “el amor hay que ponerlo más en obras que en palabras”. Su recordatorio de que hay que seguir no a cualquier Jesús, sino al Jesús “pobre y humilde”, que anuncia el reino de Dios. Su sorprendente y escandalosa afirmación de que “el camino de la riqueza lleva a la perdición y a la deshumanización, mientras que el camino de la pobreza, de la austeridad y sencillez, lleva a la salvación y a la humanización”. Para los momentos difíciles de la UCA, hemos podido recordar estas palabras: “la divinidad se esconde”. Y también estas otras, en un mundo de opresión y represión: “pido persecuciones para la Compañía”. Locuras de santos, dirán, pero palabras muy sabias para la UCA, en situaciones de persecución a los pobres.

En palabras más conocidas entre nosotros, hemos recordado como un gran bien la inspiración cristiana, fructífera y beneficiosa para humanizar al país y también para humanizarnos a nosotros mismos. Hemos visto cómo el sermón del monte de Jesús se ha traducido en investigaciones a favor de los pobres, en profecía que nace del hambre y sed de justicia para defenderlos de los opresores,

en utopía, paz, *shalom*, para todos. Y hemos escuchado las palabras finales del discurso de Jesús, que algo de miedo dan, pero que reconfortan: “Por ello les perseguirán, pero ese día salten de gozo”. En los largos años de la UCA, eso ha sido todo menos retórica.

De estas cosas hemos hablado estos días. Por supuesto, tantos años en la UCA nos hacen muy conscientes de sus limitaciones, equivocaciones, errores y pecados. Pero creemos que la inspiración cristiana y el espíritu que está presente en este pueblo salvadoreño han dejado en la UCA una huella permanente de entrega y sacrificio, de verdad y de esperanza, de profecía y de utopía.

Y como suelen hacer las personas ya un poco entradas en años, también hemos recordado viejas historias. Entre muchas, solo quisiera mencionar una de los comienzos de la UCA, que apuntó la dirección que esta fue tomando. El padre Ibisate —comprenderán que mencione su nombre, pues estuvo aquí desde el comienzo de tantos avatares— recordaba la primera charla pública de la UCA sobre doctrina social de la Iglesia. Era el año 1968. Allí estaba él junto con el padre Ellacuría. Expusieron la encíclica de Pablo VI sobre *El desarrollo de los pueblos*, recién publicada, en 1967, y al principio, la gente parecía contenta. Pero en cuanto salieron a relucir temas de reforma fiscal, reforma agraria y otros parecidos, fueron abandonando la sala. Evidentemente, para ellos había cosas que no admitían discusión, pero la UCA empezó a discutir las y a hacerlas centrales en la discusión sobre la realidad del país.

El corazón de aquella oligarquía era de piedra y no iba a ceder. La UCA estaba sobre un volcán, pero siguió adelante, y entonces comenzaron la difamación, la persecución y las bombas. La primera, el 6 de enero de 1976, hizo explosión, en las oficinas de la revista *ECA*. Todo un símbolo. Siguió muchas más, pero la UCA siguió impertérrita. Las bombas las ponían en la noche, pero a la mañana siguiente, el padre Gondra, con el personal de mantenimiento,



había dejado todo limpio. Y esa misma mañana, profesores y administrativos comenzaban a trabajar como si nada malo hubiese ocurrido. Se notaba incluso un cierto orgullo de que nos persiguiesen, como perseguían a los pobres y a mucha gente buena del país.

Estos comienzos no eran solo el primer paso de un proceso, sino un principio que “principiaba” un modo de ser y hacer que, de alguna forma, ha llegado hasta nosotros. Por eso los recuerdo.

Permítaseme, para ir terminando, recordar una conocida frase de aquellos tiempos: “Otros podrán saber más que nosotros sobre muchas cosas. Pero nadie debe saber más que nosotros sobre la realidad nacional”. Es una típica frase lapidaria del padre Ellacuría. Suena un poco a desafío y hasta a prepotencia. Pero si se me permite el lenguaje —y si se me entiende bien— era, pienso yo, como una “declaración de amor” al pueblo salvadoreño. Pero el deseo del padre Ellacuría, la necesidad de saber sobre la realidad y qué hacer con ella no se aprecia solo fijándonos en el oleaje exterior del día a día, sino en la corriente subterránea, que mueve la historia, invisible pero más decisiva. En ese mirar a lo profundo, pienso yo, hay que buscar la clave de esta universidad.

Otros podrán tener más medios, y con ellos podrán analizar, quizás mejor que nosotros, lo que ocurre en lo exterior, en la superficie. Pero captar lo que de verdad mueve la historia es cosa de mirada limpia, de un corazón compasivo y de una decisión valiente y audaz. Ciertamente, se necesita “espíritu de geometría”, que decía Pascal, importante y necesario, para analizar y cuantificar. Pero en sus mejores momentos, la UCA ha encontrado el motor de su ser y hacer en el “espíritu de fineza”, ese conocer las cosas con profundidad, como por afinidad, intuyendo lo fundamental. Así, la UCA ha captado el dolor y la esperanza, la opresión y la capacidad liberadora del pueblo, es decir, la realidad salvadoreña. Y desde esa captación, se ha decidido a salvar.

Sinceramente, creo que somos privilegiados por haber vivido esos momentos de la UCA. Somos privilegiados por haber vivido y trabajado con mártires, y por eso, junto al dolor y la indignación, celebramos el 16 de noviembre, ante todo, con agradecimiento. Somos privilegiados por haber vivido y colaborado con monseñor Romero, como lo recordamos hace unos días. Y somos privilegiados porque, al dar a los de abajo, hemos recibido de ellos luz, ánimo, a veces también, perdón y esperanza.

A los más jóvenes les deseamos y les pedimos que prosigan la mejor tradición de la UCA, que ayuden a la salvación de este pueblo, participando como universitarios en sus sufrimientos, que son grandes, en sus esperanzas, que son todavía mayores, y en su sabiduría, tan propia de toda verdadera ciencia. Y ojalá que, cuando dentro de unos años se vuelvan a celebrar actos como el de estos cuarenta años, este país viva con mayor verdad, con mayor justicia y con mayor reconciliación, y que la UCA haya dado su aporte. Esta es nuestra esperanza.

En nombre propio y de mis compañeros, en nombre de mucha gente de esta Universidad, en nombre de los mártires de este pueblo, de los mártires de la UCA y de monseñor Romero, agradecemos la distinción que la UCA nos ha otorgado.

San Salvador, 15 de noviembre de 2005.